

Don Álvaro del Portillo, historiador

Valentín VÁZQUEZ DE PRADA

Entre las múltiples facetas que adornaron la personalidad de Don Álvaro del Portillo y Diez de Sollano, una de ellas fue la de historiador. No es frecuente que un Doctor Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos como era Don Álvaro del Portillo, mientras ejercía su profesión, emprendiera una labor de investigación que le acreditara el grado de Doctor en Filosofía, que con el subtítulo de Sección Historia incluía los estudios superiores de esta rama especializada. La variabilidad de la historia, combinada con la precisión de la técnica, le proporcionarían una sólida y amplia formación. Pero la formación histórica de don Álvaro no terminaría con la publicación de su tesis doctoral en historia, sino que se manifestaría siempre, especialmente en su ilusión por publicar una segunda edición del libro procedente de aquélla, y en el rigor y precisión de los hechos que se advierte en todos sus escritos. La reciente entrevista concedida al periodista italiano Cesare Cavalleri (*Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei*¹), de hecho una biografía, a trozos, del Fundador del Opus Dei, es también buena prueba de lo que acaba de decirse.

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer quiso desde el principio que todos los miembros del Opus Dei que hubieran de recibir las órdenes sagradas tuvieran la preparación más completa. Por ello decidió que, además de los indispensables estudios teológicos, deberían poseer el doctorado en sus estudios civiles y asimismo un segundo doctorado en teología o derecho ca-

1. Edizioni Ares, Milano 1992 (trad. cast., Eds. Rialp, Madrid 1993).

nónico. Esta culminación de su carrera civil y de sus estudios teológicos, le parecía muy conveniente para el posterior ejercicio de su labor pastoral y apostólica, y no sólo por el prestigio que les confería, sino como refrendo del espíritu secular que entrañaba la vocación al *Opus Dei*.

¿Pero a qué se debe en D. Álvaro del Portillo que se inclinase hacia un doctorado en Letras? Según me comunicaba amablemente desde Brasil, unos días antes de su fallecimiento², el Doutor Xavier de Ayala —que hizo también su doctorado en Historia por aquel entonces— «el incentivo para que Don Álvaro —así como D. José Luis Múzquiz y D. José María Hernández de Garnica— se doctorasen en Letras fue dado por el Fundador del *Opus Dei*. Aun teniendo en cuenta la solidez y el brillo con que estaban haciendo sus estudios teológicos y la amplitud de su cultura general, en algún momento le vino el pensamiento de que, siendo ingenieros los tres primeros que se preparaban para el sacerdocio, quizá en algún ambiente eclesiástico de aquella época pudiera pensarse que les faltara formación humanística. Y por eso animó a los tres a hacer un doctorado en Letras, a lo que se dispusieron inmediatamente».

En los años cuarenta estaban muy en boga en España los estudios históricos sobre los siglos más gloriosos del pasado español, y entre ellos los temas americanos. La tradición sevillana de estos estudios estaba recibiendo entonces un gran impulso con la creación de la «Escuela de Estudios Hispano-Americanos», llevada a cabo por el Dr. Vicente Rodríguez Casado, joven y emprendedor catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla desde 1942. Es explicable que los tres citados candidatos al doctorado en Letras recibieran el apoyo de D. Vicente. D. Francisco Xavier de Ayala recordaba un viaje que, en diciembre de 1943, realizó el Beato Escrivá a Sevilla, acompañado por D. Álvaro y D. José Luis Múzquiz, y cómo los dos, juntamente D. Vicente, tuvieron largas sesiones de estudio en el Archivo de Indias. Se trataba, por tanto, de elegir un tema que fuera del agrado de los interesados y factible en un tiempo razonable.

En cuanto a la elección del tema concreto, el de las expediciones a California, el citado Doutor Ayala, pensaba que pudo influir el hecho de tener don Álvaro ascendencia mexicana por parte de padre y madre, pero

2. Falleció en São Paulo el día 7 de octubre de 1994, después de una fecunda labor sacerdotal en Brasil de más de treinta años.

que esta circunstancia no parecía excluir la sugerencia de algún profesor de la citada Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Lo que sí recordaba perfectamente es que «en algún momento Vicente Rodríguez Casado le comentó que el tema escogido por Álvaro, por su amplitud de miras, le cuadraba muy bien». Por otra parte, era entonces D. Álvaro una persona madura, con muchas ocupaciones, que apenas podía abandonar Madrid por cortos espacios de tiempo. Una labor continuada en el Archivo de Indias, era algo imposible de realizar. De ahí que se decidiera por un tema que podía elaborar principalmente con fuentes conservadas en la capital de España.

La investigación de archivo y la redacción del trabajo debieron ser muy rápidas; sólo una persona con una cabeza muy bien organizada, enorme capacidad de trabajo y una ordenada disciplina podía llevarla a cabo así. La Tesis Doctoral, dirigida por Don Cayetano Alcázar Molina, con el título de «El descubrimiento de California. Las expediciones de Vizcaíno y Porter», como consta en el Archivo de la entonces denominada Universidad Central o de Madrid, sería defendida y aprobada con la máxima calificación el 12 de mayo de 1944. En el Tribunal se sentaban ilustres profesores, como D. Francisco Javier Sánchez Cantón, D. Santiago Montero Díaz y el propio director D. Cayetano Alcázar, además de D. José Ferrandis Torres y D. Eulogio Varela. Un mes más tarde, el nuevo Doctor en Filosofía recibía la ordenación sacerdotal. Trasladado a Roma en febrero de 1946, en junio de este año, está fechado el prólogo del libro, que la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla publicaría en el mes de febrero de 1947. La edición, como consta en la contraportada del libro, fue de un millar de ejemplares, cifra más bien alta, en aquel tiempo, para este género de publicaciones.

El título del libro es el de *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*. En 1982, Ediciones Rialp, de Madrid, publicaría una segunda edición, como se dice en el prólogo, fechado en Roma el 28 de marzo de ese año, por satisfacer «los ruegos de muchos amigos que querían tener en sus manos una obra agotada hace al menos un cuarto de siglo». Se explica también el porqué se había escogido el camino de «reeditar simplemente lo escrito entonces, ampliando, eso sí, las notas y aún introduciendo en el texto las variantes indispensables». Esta decisión parece acertada; en verdad, no era necesario introducir modificaciones sustanciales, pues el libro seguía siendo perfectamente válido a pesar de los años transcurridos. No obstante

«la segunda edición introduce en el texto importantes novedades y amplía las notas como consecuencia de los numerosos trabajos aparecidos entre la primera y la segunda ediciones»³. Esta segunda edición se halla enriquecida con excelentes mapas y testimonios gráficos en blanco y negro o en color, algunos de los cuales, de forma más modesta, aparecían en la primera edición, lo que indica que el autor, no obstante la limitación de medios con que entonces se contaba, consideró imprescindible acompañar el texto de un material gráfico apropiado y suficiente. Se reeditan también los veinte apéndices de la edición de 1947, entre ellos relaciones, informes y memoriales, y, sobre todo, el derrotero, acompañado de los importantes diseños, escrito por el cosmógrafo Enrico Martínez durante la segunda expedición de Sebastián Vizcaíno.

El tema se inserta en la historia de los descubrimientos geográficos en América, y, más en concreto, en los esfuerzos destinados a encontrar el suspirado paso del noroeste, que se creía comunicaba el Atlántico y el Pacífico. Cuando en 1513 Vasco Núñez de Balboa descubría el llamado Mar del Sur, quedaba definitivamente deshecho el error de Colón: lo que él creía el Catay no era sino un continente nuevo. En adelante se plantea de modo acuciante la necesidad de llegar a dónde el Almirante pretendía, a la India oriental. Aunque los españoles descubrieron pronto el estrecho de Magallanes, este camino tenía muchos inconvenientes. Por ello se buscaba otro paso más al norte, en la latitud del Caribe, donde la estructura del istmo parecía otorgar más posibilidades de éxito. Además era este el sentido de la natural expansión de Nueva España.

La pacificación de este territorio, permitió a Cortés esbozar un plan de expediciones descubridoras hacia el norte. Los intentos de penetración por la zona atlántica fallaron por causas diversas, por lo que la expansión de la Nueva España se orientó hacia el Pacífico, en dos direcciones: la ruta de las Molucas y la de la costa californiana. Al cederse las Molucas a Portugal (1529), quedó troncada la primera, la del comercio asiático y, por tanto, centrada toda posibilidad expansiva de Nueva España hacia California.

La expansión se realiza, tanto por el avance, por tierra, de rancheiros, y sobre todo misioneros, que evangelizan y culturizan de forma pacífi-

3. Salvador BERNABEU, *Las Californias en la historiografía española (1940-1989)*, «Revista de Indias» XLIX/187 (1989) 818.

ca aquellas tierras extremas, como por expediciones marítimas. Los españoles se sentían atraídos por la fama de riqueza de aquellas tierras ignotas y por las posibilidades estratégicas del jamás alcanzado Estrecho o paso del Noroeste.

La historia de California se fue escribiendo minuciosamente por los norteamericanos en las décadas posteriores a la primera guerra mundial. En España y en México el interés se decantó hacia el estudio de la labor pacificadora y civilizadora de las misiones, por parte de historiadores de las ordenes religiosas que la protagonizaron. Los viajes marítimos de descubrimiento se habían trabajado poco a pesar de la abundante documentación existente. Y ello, a pesar de hallarse en la raíz de uno de los episodios polémicos de la historia mexicana: la pérdida, a mediados del siglo XIX, de una gran parte del territorio nacional. La cuestión se explica: al quedar incompletos los descubrimientos de California no se poblaron, y la penetración y dominio de las tierras continentales del golfo de México no se consiguió por las dificultades de conversión de los pueblos indígenas, obstaculizada por la continua tensión con los aventureros ingleses y franceses, que favorecieron la disposición levantisca de aquéllos.

En esta amplia problemática, el autor supo delimitar desde un principio claramente su objetivo y su metodología: el estudio de las expediciones de descubrimiento de la costa de California entre las expediciones promovidas por Cortés y su sucesor el virrey Mendoza y la de Porter Cassanate; esto es, las realizadas entre los años de 1537 y 1650, etapa que se diferencia de la de las primeras expediciones cortesianas y también de la de las navegaciones del siglo XVIII. En cuanto a su metodología, el relato —nos precisa el autor— se halla «concebido desde el punto de vista del mar y hecho mirando exclusivamente a las navegaciones y a la manera como ante ellas iba apareciendo la costa». Como se dice en la Introducción, las expediciones y se estudian «atendiendo al panorama general» y «con el afán de comprenderlas en su propio ambiente ideológico y espiritual»; y que de las relaciones de los distintos exploradores se seleccionan «aquellas incidencias, comentarios y apreciaciones (...) útiles para expresar con fuerza el ambiente en que se efectuaron». Con ello —se sigue diciendo— «se quiere servir (...) la inquietud tan actual de buscar en todas las investigaciones históricas (...) el camino de una síntesis honesta, que permita ver los hechos del pasado desde una perspectiva elevada. Así es como adquieren, paradójicamente, su auténtica profundidad».

Los dos primeros capítulos —a los que puede añadirse el tercero sobre el nombre de California— constituyen una presentación del cuadro en que se desenvolverán las expediciones, y están basados en los relatos de los expedicionarios y en las crónicas coetáneas. En el primero se presenta la enorme desorientación respecto a la geografía y riquezas de California, a pesar de las numerosas expediciones que se iban promoviendo. Tal incertidumbre era resultado de las diversas y contradictorias ideas difundidas por los protagonistas, que la consideraban poblada o desierta, extensa o pequeña, rica o estéril, isla o península. El viaje de Drake en 1579 contribuyó a mayor confusión, pues las descripciones y mapas mudaron los nombres que hasta entonces se habían dado a los diversos accidentes geográficos. Sólo a finales del XVII el jesuita Salvatierra llegó a la conclusión de que California era una península.

El capítulo segundo se centra en los pobladores: cómo aparecen los indígenas ante los descubridores; el número de habitantes y sus cualidades físicas, la indumentaria, los múltiples idiomas (que los españoles, por lo extraño, imaginaban asemejarse a lenguas como el vascuence o japonés); las condiciones guerreras y naturales, la organización familiar y política, y finalmente la religión. A este punto concreto dedica páginas muy ajustadas, que los trabajos de especialistas posteriormente a la primera edición no han modificado, sino confirmado.

En el capítulo sobre el nombre de California, el autor hace un resumen de la debatida cuestión. Su ágil pluma se esponja al exponer, con viveza y chispa, la influencia que los libros de caballería castellanos ejercieron sobre la actitud psicológica y los sentimientos de los primeros descubridores. Ni Cortés ni los contemporáneos utilizaron otro nombre para esta tierra que el de Santa Cruz. El de California, sobre el que tanto se ha especulado, estaba aceptado ya en 1542, tomado, sin duda, de las famosas «Sergas de Esplandián», famoso libro de caballerías del castellano Garci Ordóñez de Montalvo, donde se alude a una utópica isla de California, como ya advirtió el sagaz norteamericano Edward Everett Hale a mediados del siglo pasado. ¿Pero cómo o por qué se aplicó a aquellas tierras? Sería el resultado del vasto influjo que ése y otros libros de caballería tuvieron entre los españoles en los primeros tiempos del descubrimiento y de la conquista, cuando las cosas admirables que veían con sus ojos, acrecentadas por el humano deseo de codicia de riquezas y de honores, les inducía a fundir lo real y lo fantástico. Este clima contagió al juicioso Cortés, empeñado en hallar la isla de fabulosa riqueza, cerca del Paraíso Terrenal y habitada sólo por mu-

jeros, de que hablaba en una de sus cartas al Emperador. No es de extrañar, por consiguiente, que algún expedicionario, al retorno de alguna de aquellas exploraciones sin fruto, despechado, recordara la isla de las Sergas y aplicara su nombre, con intención socarrona o sarcástica, para burlarse de Cortés. Los enemigos de éste —que no faltaron— se encargarían de difundirlo y rápidamente cuajó tal nombre.

La obra aborda seguidamente el estudio sistemático de las expediciones. Después de exponer de manera rápida las enviadas por Cortés y Mendoza (en la segunda edición se añade un necesario apartado referente a California y el camino del lejano Oriente), estudia más detenidamente el descubrimiento de la Alta California, por la expedición de Cabrillo-Ferrello (1542-43), reduciendo a sus justos límites las pretensiones de algunos autores de presentar a Cabrillo, de nacionalidad portuguesa, como el primer descubridor de California, olvidando los precedentes que le facilitan el camino.

El capítulo V recoge los viajes de Sebastián Vizcaíno. De sus dos expediciones (1596 y 1602) no se tenía sino un conocimiento muy general, y, con frecuencia, con inexactitudes, a pesar de la abundante documentación existente. Además hay en ellas nuevas motivaciones. Si la fracasada expedición de 1596 buscaba las pesquerías de perlas, en la de 1602 existe una causa fundamental: la defensa del Galeón que unía Acapulco con Manila frente a los piratas extranjeros, a veces asentados en apostaderos de las costas californianas; para mejor atacar a los galeones de esta importante ruta de la economía española. Estas expediciones se estudian sobre bases documentales de la Biblioteca del Palacio Real, de la Academia de la Historia, del Museo Naval y de la Biblioteca Nacional de Madrid, la casi totalidad de ellas aprovechadas por vez primera en 1947. Se trata de fondos de carácter diverso (actas de pilotos y cosmógrafos y derroteros, por una parte, y relaciones o crónicas, por otra), que el autor analiza previamente con un sentido crítico impecable y utiliza, cuando existen contradicciones, aquellos que considera ofrecen mayor garantía de veracidad. Así escribe: «por lo que respecta a las actas de pilotos cosmógrafos, producen en el ánimo del lector la sensación de seguridad que proporciona lo inmediato de los hechos. Comparándolas con las relaciones —tanto la oficial como las de Fray Antonio— cabría aludir a las razones tan conocidas en pro y en contra del mayor valor como fuente histórica de los documentos o de las crónicas, y viceversa» (p. 205 de 2ª ed. y 184 de 1ª).

El segundo viaje de Vizcaíno no había encontrado el puerto apropiado en el que pudieran refugiarse los galeones de Manila. Quizá este hecho influyera para que los virreyes, que palpan las dificultades económicas de estas empresas, frenen los impulsos que les llegaban de España para continuarlas. Se entra así en una nueva fase de expediciones en las que la preocupación dominante es la de la pesquería de perlas. Los protagonistas son personajes oscuros. No obstante, el autor se detiene en la expedición de Nicolás de Cardona de 1616, cuya importancia reivindica. Este había formado una compañía para la búsqueda de perlas y capitulado un asiento con el virrey, que incluía también la población y pacificación de California. Entre los años 1628 a 1636 van a revivirse las expediciones, ahora por intervención del Rey, que recuerda a la Audiencia de México la conveniencia de proseguir la expansión por California. De acuerdo con esta petición, las autoridades de México solicitaron informes a las personas más autorizadas, de los que existen varios. Como las opiniones eran contradictorias, el virrey decidió enviar nuevas expediciones. Tales son las dos de Francisco Ortega, fallidas, de 1632 y 1636. Como iban contra los derechos adquiridos por la compañía de Cardona, éste en 1634 reclama su exclusiva, ofreciendo fundar a su costa tres poblaciones. Esta propuesta no llegó a cuajar y el virrey revocó todas las licencias concedidas.

La ilustre figura del almirante Don Pedro Porter Cassanate llena el último capítulo de este libro. Personalidad acusada, hombre instruido, competente en la ciencia náutica, esforzado y generoso en el servicio a la Corona, con una apretada carrera militar, apenas era conocido. Sobre una documentación de primera mano, se traza su biografía, que es un rosario de intervenciones en campañas náuticas, desde 1627, tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo. En 1635 Porter Cassanate había manifestado su deseo de explorar las costas de California en busca del estrecho del noroeste y pedido licencia al monarca para ello, pero el virrey de Nueva España, con una cierta cortedad de miras, estimaba que el descubrimiento del paso entre los dos mares, favorecería a los enemigos. Porter prosiguió en sus esforzadas empresas marítimas, hasta que en 1643, cuando se hallaba en la armada que defendía Barcelona de los franceses, fue encargado por S. M. para emprender la expedición solicitada años antes. Partido a México, tendría que pasar algún tiempo antes de acometerla, ocupado en varios servicios navales, como la defensa contra los piratas holandeses que merodeaban por aquellas aguas. S. M. le concedió en recompensa el cargo de gobernador de las provincias de Sinaloa, que sirvió entre 1647 y 1651. Con dos

navíos construídos a su costa, emprendió dos viajes. Uno en el otoño de 1648, hasta que los temporales le impidieron proseguir por haberse averiado sus naves, regresando a Sinaloa en enero de 1649. En 1650 recorrió nuevamente el golfo de California hasta un punto relativamente próximo a los 29 grados y medio de latitud norte, pero fuertes corrientes que no conocía, a pesar de ser verano, le obligaron a virar en redondo. Porter dejó sin explorar el último tramo del golfo y por ello mantuvo la convicción de la existencia de un estrecho que daba a mar abierto. Cumplió con la promesa dada al rey de descubrir el golfo de California a su costa, pero no pudo pacificar ni colonizar aquellas tierras. Este honor correspondería a Isidoro de Atondo, en 1683, después a los jesuítas y, ya en el siglo XVIII, a fray Junípero Serra.

En resumen, un libro calificado en el contexto de la historiografía española sobre las Californias de «estudio de gran alcance» y de «brillantez»⁴. Este especialista se refiere al hablar de brillantez al trabajo en su conjunto, pero yo querría terminar resaltando el estilo con que está escrito. Cuando leía la segunda edición, me pareció que el texto estaba literariamente pulido y retocado y acudí a la primera para comprobarlo. Para sorpresa mía era idéntico. No es frecuente, sino más bien lo contrario, que en libros especializados como el que comentamos se halle tan cuidado el estilo. Un dato más de la perfección con que Don Álvaro del Portillo solía hacer las cosas.

Valentín Vázquez de Prada
Departamento de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

4. Véase Salvador BERNABEU, cit. en nota 3, p. 818.